

generales que favorecían un complot, se agregaban otras particulares que también lo facilitaban. En 1802, había desarmado Bonaparte su policía, suprimiendo el ministerio especial que dirigía M. Fouché. Después, á pesar de las amenazas que se acumulaban en la sombra en torno suyo, experimentaba el primer cónsul hácia estas tentativas contra su persona el mas profundo desprecio, la mas absoluta indiferencia. Este es un rasgo de carácter comun á todos los genios superiores, y que se encuentra en César, por ejemplo. Son demasiado positivos, sobrado prácticos para hacer gran caso de un elemento incierto, incalculable, tal como una amenaza de asesinato ó un complot. Ocuparse de una asechanza posible, hubiera creído Bonaparte que era perder tiempo. La vigilancia en torno de su persona era negocio administrativo, detalle vulgar y de que no debía dársele parte. «Vigilad á todo el mundo, escepto á mí» tenía él la costumbre de decir (Desmarest.) A este hábito de mirar los acontecimientos mas graves tranquilamente, se le ha dado el nombre, sobrado cándidamente de fatalismo oriental, de creencia en los astros, y no obstante, aquí era la justa apreciación de un elemento de sus cálculos generales. Y además, decia á Davout un día que tenía tiempo para tranquilizar sobre esto á sus adeptos. «No es tan fácil quitarme la vida, porque no tengo hábitos fijos ni horas determinadas para mis acciones: salgo á horas imprevistas; lo mismo me sucede respecto de la mesa, no tengo preferencia por manjar alguno; tan pronto como de una cosa como de otra, y tan pronto del plato mas lejano como del que tengo mas cerca.»

Pero si era Bonaparte por temperamento ó por cálculo, muy indolente respecto de su policía personal, daba naturalmente mucha importancia á la policía general. La supresión del ministerio de M. Fouché había hecho caer este servicio en manos del ministro de Justicia, M. Regnier. Es decir, que esta administración especial había perdido en habilidad lo que había ganado en honradez y adhesión.

Bonaparte no tardó en apercibirse de ello, cuando vino á hacer cierta á sus penetrantes ojos la ruptura de la paz de Amiens, la existencia de nuevos manejos de la emigración: se temía que se tramaba algo en Londres, y no obstante, no sabia nada M. Regnier. No había Vendée posible, y no obstante se agitaban los aldeanos bretones y se arrestaban quintos refractarios. M. Fouché, que continuaba ejerciendo la policía por afición, reconocía con solo el auxilio de su olfato sutil, que se organizaba por alguna parte una conspiración.

Esta conspiración que no podía descubrirse, llegó en breve á preocupar vivamente al primer cónsul, porque olfateó una gran intriga política. Hé aquí lo que le hizo descubrir la pista.

Un intrigante de una habilidad extraordinaria, un tal Mehee de la Fouché, antiguo jacobino, ambicioso y necesitado, capaz de todo para dar pábulo á sus vicios, trataba de hacer fortuna á cualquier costa, por el otoño de 1803. Encontróse con un realista, M. du Chilleau, á quien se presentó como un hombre arrepentido de sus errores republicanos. M. du Chilleau

que iba reclutando gente, abrió los brazos al convertido y le recomendó á un comité realista establecido á las puertas de Francia, en Offenburgo, en el gran ducado de Baden. Introducido allí, Mehee que buscaba mas que palabras, se dirigió hácia la gran reunión realista de Londres. Hízose aceptar en ella con gran dificultad, y cuando se le ofreció una bella ocasión, los temores causados á Inglaterra por el campo de Boloña, se abocó con el ministro inglés y le propuso una combinación muy ingeniosa.

La máquina de guerra, inventada por Mehee, era lo que se llamó después una fusión. Tratábase de fundir en un solo partido hostil á Bonaparte, los jacobinos y los realistas, aunque solo hasta el día del triunfo, en que los aliados de circunstancia se disputarían el campo de batalla. Esta es la historia de todas las fusiones. M. Pitt, que se inquietaba muy poco de república ó de legitimidad, y mucho de los peligros de su país, acogió vivamente esta idea, y Mehee, fuerte con este patrocinio, divulgó con autoridad entre los emigrados un plan, cuya última palabra era esta: un 3 de nivoso feliz, ingerto en un 18 de brumario. Supúsose jefe de esta conspiración á un príncipe francés, á un Borbon, á un conde de Artois, aunque lo desaprobaba altamente el buen sentido de Luis XVIII. El ministerio británico indicó á los emigrados de Londres tres bases de operación en el continente, Munich, Stuttgart y Cassel. En Baviera, M. Drake; en Wurtemberg, M. Spencer-Smith; en Hesse, M. Taylor, los tres ministros británicos, debían servir de mediadores en la intriga asesina: porque es preciso no olvidarlo, se trataba de *suprimir* al primer cónsul. Hé aquí un ejemplo mas de esa desmoralización que acabamos de señalar; un grande hombre de Estado que no se avergüenza de hacer servir para planes homicidas las funciones augustas de representante diplomático.

Si fuera alguna vez permitido decir que en política el fin justifica los medios, no por eso seria menos verdadero que raras veces tienen los medios infames un fin útil, y que la improbidad es casi siempre torpe ó desgraciada. No bien el intrigante Mehee embarcó al gobierno británico en esta odiosa aventura, cuando pensó en asegurarse los beneficios de una traición. Apenas se puso en relación con los ministros ingleses en Alemania, corrió á vender su secreto á M. Shee, tío de Clarke, y prefecto del Bajo Rhin. Avisado Bonaparte, acogió las proposiciones de Mehee, con la condición de que este representara un papel doble. El agente secreto debía continuar conspirando con Drake y sus colegas, y venderles muy caro algunos pretendidos secretos, robados de la cartera del primer cónsul, y mil engañosas promesas; así se tendria el raro placer de ver cada día clavarse mas y mas al enemigo, y cogerle á la hora marcada, en fragante delito. Mehee representó su papel como actor consumado, prometiendo entregar tal ó cual plaza fronteriza importante, Besanzon ó Strasburgo, y atribuyendo á apatía de sus cómplices el ignorar los proyectos de Bonaparte en Boloña.

Tal era la intriga cuyos hilos tenía el primer cónsul á fines de 1803. No se olvidarán estos dos